

Talis sum ego interiorius (fragmentos)

CARLOS NÚÑEZ

☉ Algunas personas se complacen en hablar del rostro humano como si se tratara de un mapa, y resulta en realidad sencillo equiparar las depresiones de la cara con los valles de la Tierra y sus elevaciones con montañas. Se puede hablar metafóricamente de la figura humana, de las huellas de café en una taza o de los pliegues en un paño como geografías íntegras, repletas de montes y mesetas, de cañadas, mares y ensenadas. Pero ni un rostro ni una taza de café constituyen un mapa si no proporcionan una vía de acceso a una realidad que los trasciende.

El mapa es lo que es porque significa. Decir que un rostro es un mapa implica que hay una realidad ulterior a la cual señala e interpreta. Esa realidad tiene que ir más allá de los meros hábitos de la persona, pues es evidente que el modo de vida imprime marcas en el cuerpo fácilmente descifrables, y es una perogrullada decir que una barriga pronunciada indica un gran apetito. Para hablar del cuerpo como una carta geográfica no sólo es necesario poder leer en él un plano superficialmente ausente, también es necesario que haya una intención significativa en esas formas. Esa intención puede ser humana, si la persona ha decidido forjar en sí misma una esquila rudimentaria, como se hace con un tatuaje o con la deformación voluntaria de las facciones. Pero un mapa íntegro, una carta que se exprese a través de la totalidad del rostro, que haga surgir una narración de cada poro y torne toda forma en un indicio, tendría que ser obra de un diseño que supera el poder que tenemos los seres humanos sobre nuestro cuerpo; una fuerza capaz de servirse de todos los factores que entran en juego en la conformación del talante, sean éstos físicos

- Carlos Núñez (Ciudad de México, 1982) estudió Filosofía en la UNAM. Actualmente es becario de la Fundación para las Letras Mexicanas, donde trabaja en una serie de ensayos sobre cartografía.

(digamos los efectos solares sobre la piel), biológicos (la información genética), históricos (los ornamentos culturales) o psicológicos (gustos, hábitos, biografías personales), para trenzar con esa infinidad de filamentos un tejido coherente y pleno de significado.

Si prescindimos del elemento divino, sobre-humano, cosmogónico, o como quiera llamársele, se vuelve imposible asignar a esos objetos una intención representativa. Si deseamos la figura suprema del cartógrafo, entonces un rostro no es un mapa, de la misma forma en que un paisaje no lo es. Un mapa está conformado por los trazos que escinden el paisaje, que lo apartan de sí mismo y lo disgregan, que eligen en él las líneas significativas y eliminan lo que en él hay de anodino. Toda carta geográfica es una interpretación del mundo. El cosmos mismo sería un atlas si fuera la representación deliberada de una estructura que en algún sentido lo subyace. Por ello es que las religiones y las sectas que admiten entidades trascendentes pueden concebir al universo como un pergamino sin fronteras; como una carta de navegación inabarcable y acaso, también, infinita. El mar como símbolo de un océano más profundo. El desierto como vestigio de un vacío inescrutable. Todo ha sido escrito. Todo lo que es ha sido dicho. La realidad entera contenida en los límites de la materia y al mismo tiempo desbordándola, como el significado rebosa las venas vegetales en que se dibuja una palabra.

* * *

En “El viandante en el mapa”, ensayo que aparece en la *Colección de arena*, Italo Calvino recuerda el caso de un clérigo italiano de principios del siglo XIV que ha alcanzado cierta popularidad por el tipo de mapas que produjo. Opicinus de Canistris no era un cartógrafo en el sentido que podríamos adjudicarle hoy al término: sus mapas están basados en portulanos ya existentes y ninguno de ellos brinda elementos geográficos originales; los trazos son torpes y no corresponden a los conocimientos de la época. La fama de

BECARIOS DE LA FUNDACIÓN PARA LAS LETRAS MEXICANAS

Opicinus no resulta, por ende, de su pericia como cartógrafo. Sin embargo, esos planos funcionan como cartas de navegación para otro tipo de regiones: la personalidad delirante, probablemente esquizofrénica, del sacerdote que los dibuja, y a través de esto, de la sociedad que lo albergaba.

En estos mapas, las costas mediterráneas adoptan figuras de hombres y mujeres, el planisferio se colma de motivos religiosos y escenas perversas, de señales divinas o demoniacas, de tal forma que el mundo entero aparece como una manifestación externa de las tribulaciones anímicas del clérigo. Cartógrafo oblicuo de su propio espíritu, Opicinus proporciona una vía de acceso a sus manías al transportarlas de su alma a la constitución material del universo.

Ejemplo conspicuo de la necesidad humana de encontrar significado en el mundo natural, resultaría sencillo erigir la figura de este clérigo como un paradigma de ciertos errores cartográficos y, de forma más general, de todo tipo de abuso exegético. Pero esta suerte de excesos es común y ahí no radica lo singular del caso. Opicinus no sorprende por su ingenuidad, sino porque demuestra una conciencia plena de lo que estaba haciendo. El sacerdote no sólo parece estar al tanto de las atribuciones antropológicas que incluye en sus geografías. Su conciencia individual va más allá: se percata de las cualidades estrictamente personales que le confiere al mundo. La intuición de Opicinus no se reduce a la idea, más o menos común en la época, del hombre como un microcosmos: imagen proporcional de un orden universal. El mundo de Opicinus es un retrato de su alma individual. Las geografías mediterráneas que traza no expresan al hombre



en abstracto, lo manifiestan a él como individuo.¹

¹ Richard G. Salomon ("A Newly Discovered Manuscript of Opicinus de Canistris") se sorprende del interés inaudito que este místico tiene en su propia personalidad, y no encuentra parangón alguno en la literatura de la época. Ni la *Crónica* de Salimbene de Parma ni la *Epístola a la posteridad* de Petrarca se acercan, en su opinión, al cuidado con que Opicinus se ocupa de sí mismo. En el mismo tenor, Aaron Gurevich lo incluye como un peldaño importante en su libro *Los orígenes del individualismo europeo*.

Mucho se ha especulado acerca de la salud mental del sacerdote, y no faltan estudios psicológicos que le confieren una nomenclatura propia a sus delirios místicos, pero parece claro que Opicinus sabía lo que estaba haciendo. En algunos de sus mapamundís, además de la inclusión reveladora de una pregunta que se repite (*Quis sum ego? Quis sum ego?*) se encuentra la siguiente inscripción, referida al mundo: *Talis sum ego interius*. Así es como soy por dentro. ~